

porque los de las colonias eran infinitos y no habia mas que un Eustaquio.

Desataba cada dia los cordones de esa bolsa que provenia de la liberalidad de su amo, prodigando á cuantos imploraban su generosidad, ropa blanca, vestidos, muebles y víveres. Si habia soldados cuyas pagas estaban atrasadas, Eustaquio satisfacía la deuda del gobierno; si una familia carecia de pan, Eustaquio estaba allí para remediar sus necesidades. En fin, Eustaquio dió todo cuanto tenia y solo le queda hoy dia el recuerdo de sus buenas obras. Esto le basta; nadie le oirá quejarse, ántes bien, dará gracias al cielo, porque si bien no posee ya nada, los demas á lo ménos tienen algo.

Hace ya algunos años que Eustaquio vive en Paris, donde ejerce el oficio de cocinero y repostero. Con su modesto salario halla todavía ocasion de ser allí generoso y hasta prodigo, pasando su vida en hacer lo que ha hecho siempre, esto es, dichosos. No hay dia perdido para esta existencia consagrada al bien, pues á cada instante se descubren nuevas pruebas de su inagotable generosidad, cuyo ejercicio le es tan grato. Ora costea los gastos de nodriza de niños pobres, ó envia á otros á la escuela; ora compra herramientas para operarios necesitados que no pueden proporcionarse estos instrumentos indispensables del trabajo. Varios parientes de su amo obtienen de él sumas de alguna importancia, que no le devolverán jamas y que él por su parte no reclamará nunca.

Tal es Eustaquio, hombre que honra á la humanidad, y que rechaza cualquier elogio que se le haga, contestando con su acostumbrada sencillez: «Yo no hago esto por los hombres, sino por el Maestro que está allá arriba.»

§ II. CULTO INTERNO Y EXTERNO.

No basta conocer á Dios; es menester que probemos que le conocemos, con demostraciones sensibles, y hagamos de modo que nin-

guno de nuestros hermanos tenga la desgracia de ignorar su existencia: estas demostraciones sensibles del culto, es lo que se llama «las ceremonias de la religion.»

El género humano no puede reconocer y amar á su criador sin demostrar que le ama, sin querer hacerle amar, sin manifestar este amor con una magnificencia digna de aquel que ama y venera, sin excitar al amor por signos del amor mismo. (FENELON.)

La divinidad, que no tiene ninguna necesidad de nuestros homenajes, nos manda, sin embargo, que la honremos, porque no podemos acercarnos á ella con el pensamiento, sin volvernos mas puros. (C.)

La oracion es la respiracion del alma, y quien no reza no respira. (JOSE DE MAISTRE.)

El que teme y ama á Dios, practica la religion, y quien practica la religion honra á sus ministros. (B.)

La oracion.

Preguntaba un hombre á San Macario cómo debia rezar: «Hermano, le respondió el santo, no hay necesidad de emplear muchas palabras; basta levantar las manos al cielo y decir: «¡Oh Dios mio! hágase tu voluntad!» Cuando os veais atormentados por alguna violenta tentacion, exclamad desde lo íntimo de vuestro corazon: «¡Padre mio, socorredme!» pues Dios sabe lo que necesitais.»

Ya que tan fácil es el rezar, ¿cómo es que hay tantos hombres que descuidan una práctica tan saludable y tan santa?

Recordaremos con este motivo las inocentes palabras de un niño discípulo de una escuela de primeras letras.

Este niño, que tenia un padre que nunca se habia ocupado de prácticas religiosas, le dijo una vez: «Padre, ¿por qué no reza usted nunca por mí, como los padres de mis compañeros rezan por sus hijos! Esto seria un bien para mí.

— ¡Hijo! contestó el padre, nada tiene de extraño que no rece por tí, porque no he rezado nunca por mí mismo.

— Pues bien, padre, yo rezaré por usted y por mí, y mis oraciones serán un bien para ámbos.»

Conmovidó el padre por las palabras de su hijo, hizo oracion con él, y desde entónces reinaron en su casa la paz y la felicidad.

En la oracion es donde principalmente se hallan fuerzas contra los malos pensamientos, y con ella se triunfa de las malas costumbres.

Gracias á tan saludable socorro, pudo sustraerse al vicio, hace algunos años, un vecino de una ciudad de Francia.

Este hombre, entregado al vicio degradante de la embriaguez, hacia mas de cuarenta años que deploraba esta desgracia. Todas las mañanas se indignaba de su debilidad, y juraba á su mujer y á sus hijos que observaria en adelante las leyes de la templanza; pero por la noche regresaba siempre con paso vacilante á su casa, donde reinaba en otro tiempo la abundancia, y no habia entónces mas que miseria á causa del desgraciado vicio de la bebida.

Un dia fué á visitarle el venerable cura de su pueblo, movido por su celo caritativo: « ¡Hijo! le dice, miéntas permanecéis así cautivo bajo el yugo de un vicio inveterado, olvidais que se acerca la muerte, y que despues de ella viene el juicio final.

— No, padre, no lo olvido, pero soy un miserable arrastrado por la fatalidad. Cada dia lucho, quiero y espero vencer, y acabo por ser vencido. Esta inveterada costumbre es superior á mis fuerzas... ¡ Ah! bien veo que solo la muerte podrá curarme de ella... »

Y miéntas hablaba así, se tapaba este desgraciado la cara con las manos para ocultar las lágrimas.

El venerable ministro de la religion, vivamente conmovido, le respondia con dulzura:

— « ¡ Luchais y padeceis!... Está bien: esas luchas en que sois vencido, prueban que sois capaz de una buena resolucion, y que teneis aun energía. Pero, ¿ no habeis acaso participado de un error que es muy comun? ¿ No habeis creído que el hombre puede librarse del mal con sola su fuerza y sin auxilio de Dios, es decir, salvarse sin el Salvador? »

El anciano se quedó cortado, mirando al venerable sacerdote, y como preguntándole qué queria decir.

— « Voy á explicároslo, dijo el santo varon con suma dulzura y comprendiendo su mirada. ¿Habeis recurrido al Espíritu Santo, único que puede infundir fuerza é inteligencia? ¿ Oraís alguna vez? »

— ¡ Ay! contestó el anciano, no me atrevo á rezar; conozco que soy indigno de la oracion. En vano he intentado rezar: despues de haber balbuceado entre dientes algunas palabras, me paraba; la vergüenza ahogaba las palabras en mi boca y me figuraba oír una voz misteriosa que decia: « ¡ Calla, miserable! ¿ Mereces acaso que Dios te oiga? »

— Comprendo que estais envuelto en un círculo de que no podeis salir. No oraís, porque os sentís vicioso; y no podeis libraros de vuestro vicio porque no rezais. Ya es tiempo de acabar. El jardin del presbiterio necesita algunas jornadas de trabajo; tomad vuestra azada y seguidme. Desde hoy empezareis á trabajar, comereis en el presbiterio, y al terminar vuestro jornal, vendreis á la iglesia á rezar las oraciones conmigo y con vuestra familia. Rezareis y nosotros rogaremos por vos, y cuando hayais contraído la costumbre de orar, hallareis en este piadoso ejercicio el valor y fuerza que necesitais. »

El anciano, abriendo su alma á la esperanza, se fué al presbiterio con el digno sacerdote. Llegó la noche, oró y halló en este ejercicio una infinita dulzura: le parecia que su alma, elevándose al cielo en alas de la oracion, se desprendia insensiblemente de los horribles lazos del vicio. Desde aquel dia no dejó ya salir la aurora ni ponerse el sol, sin invocar, por medio de una ferviente oracion, á Aquel que es la fuente de todos los buenos pensamientos. Era ya otro hombre, y aunque volvió á caer en la tentacion una que otra vez, se afianzaron insensiblemente sus pasos en la senda del bien; recobró la tranquilidad de conciencia, la paz doméstica y la consideracion pública. Este hombre, convertido en un ejemplo de buena conducta.

y su familia, ántes tan desgraciada y ahora tan feliz, no dejan pasar un solo día sin dar gracias á Dios y sin bendecir á su dignísimo ministro.

Confianza en la divina Providencia.

La divina Providencia arregla y vigila la vida humana. Un autor contemporáneo nos lo da á comprender con la siguiente alegoría:

« Un hombre se extravía durante la noche. Al resplandor de un cielo estrellado, vislumbra un palacio, entra en él y se halla rodeado de numerosos criados que le salen presurosos al encuentro, y cada cual le dice en su lenguaje, que todos tienen orden de proveer á sus necesidades: algunos, sin embargo, callan, sin dejar por eso de cumplir con su obligación. Reina mucho movimiento en torno suyo; se alumbran resplandecientes arañas, se calientan las habitaciones, le dan vestidos forrados en invierno, y refrescos y frutas en verano. Sus mas mínimos deseos se convierten en ocasiones para colmarle de beneficios. Un magnífico reloj, visible en todos los aposentos, da las horas y la señal de los quehaceres, que no son mas que la continuacion de los placeres.

En cuanto siente el viajero la dulce invasion del sueño, una espesa cortina se corre ante sus ojos, y se manda guardar el mas profundo silencio alrededor de su lecho. Al despertarse se reproducen con ahinco las atenciones con que se le obsequia, pero el dueño del palacio no se presenta. El viajero se aleja y tiene que proseguir su camino sin haberle visto personalmente; pero asombrado por el órden, el acuerdó, la dignidad, prontitud y exactitud del servicio, lleva consigo la idea de la presencia del amo. Se guardará bien de decir, en su vida, que ha residido en un castillo abandonado, donde la llegada de un huésped hubiera sido un accidente imprevisito y en donde nada estaba preparado para recibirle; se guardará mas todavía de suponer que el dueño del castillo es un ente maléfico, por el

hecho de haberse presentado en él otros viajeros que, en vez de disfrutar pacíficamente de las dulzuras de aquel asilo, han armado una contienda entre sí.

No le sorprenderá que de esta falta de concordia hayan resultado varios accidentes, tales como el hambre y la angustia de cierto número de comensales que, por la avidez y el egoismo de unos pocos, se han visto en parte privados de los beneficios de la hospitalidad ofrecida á todos; pues ha notado que las alacenas, los lechos de descanso y los guarda-ropas estaban copiosamente provistos para satisfacer todas las necesidades.

Sin embargo, el momentáneo desórden que ha presenciado, excita las reflexiones del viajero. Extraña que el príncipe hospitalario que ha albergado á tantos desconocidos, á quienes nada debia, no haya intervenido en sus contiendas, para impedir los despojos y violencias. A sus ojos, estos abusos de la fuerza lastiman así las leyes de la justicia como la dignidad del amo del palacio; y naturalmente, se presentan á su imaginacion algunos honrados compañeros de viaje, dignos del mayor interes por su carácter bondadoso y que, aunque con derecho á mejor suerte, han sido indignamente despojados y ultrajados.

El viajero prosigue su camino en medio de los tristes pensamientos que estos recuerdos despiertan. De repente ve á un anciano que le saluda, y acercándose á él, le dice: « ¿Creeis que todo eso que habeis visto va á quedar así? El príncipe lo ha oido y presenciado todo, y cada cual será tratado como merezcan sus obras. ¿No sabeis que en virtud de un poder cuyo origen se pierde en las edades mas remotas, obliga á los viajeros que atraviesan el bosque á permanecer mas ó ménos tiempo en el castillo, para poder adquirir de este modo un conocimiento perfecto de sus buenas cualidades? Indulgente con las faltas, pero severo con respecto á toda costumbre culpable, va á esperarles á una quinta vecina de la que acabamos de salir, donde el mismo poder les obligará á entrar. Allí es donde se reserva la facultad de premiar ó castigar; allí es donde todos tri-

butarán un homenaje forzoso á las santas leyes de la justicia.»

Estas palabras fueron un rayo de luz para la razon del viajero. Todo se explica, todo se revela á sus ojos. Bendice la sabiduría del soberano de quien ha recibido los beneficios de la hospitalidad, é igualmente consolado de lo pasado que tranquilizado acerca del porvenir, se adelanta hácia el término de su viaje. Ya vislumbra sin temor el peristilo del segundo palacio, cuya arquitectura, de un estilo algo austero, se contornea en una lontananza vaporosa. Colocada bajo la mano de un amo que le debe proteccion y justicia, se dormirá con confianza en todas partes. Le han visto y esto basta.

(KERATRY.)

Respeto á la religion y á sus ministros.

Rodolfo de Habsburgo, el mismo que fué despues emperador, iba un dia de caza por la selva, montado en un soberbio alazan, seguido de su escudero, que llevaba sus azagayas. Al llegar á una pradera, oye el toque de una campanilla, vuelve la cabeza y ve á un anciano sacerdote que, precedido de otro clérigo, llevaba en sus manos la hostia consagrada. Rodolfo se descubre con el mayor respeto.

Por la pradera corria un torrente que, aumentado por las lluvias, detenia los pasos de los viajeros. El sacerdote se descalza al punto para atravesar el agua helada del torrente: «¿Qué vais á hacer?» grita Rodolfo dirigiéndose á él.

— Voy corriendo á ver á un moribundo que aguarda llorando este pasto celestial; el puente por donde se pasaba este rio ha sido arrebatado por la corriente, mas no por eso se ha de privar á un moribundo de la salvacion de su alma; voy á pasar el rio descalzo.»

Rodolfo no quiere ni puede consentir que aquel venerable anciano se exponga de este modo, y apeándose de su

caballo, pone la brida en manos del sacerdote. El santo varon pudo cumplir así con un deber sagrado, y llevar al desconsolado moribundo el pasto espiritual que tanto ansiaba.

El futuro emperador de Alemania regresó á su palacio muy satisfecho de haber renunciado al placer de la caza por un acto tan piadoso como humanitario.

§ III. MUERTE CRISTIANA.

Trata de vivir de tal modo, que si te sorprende la muerte, te halle siempre prevenido. (*Imitacion de J. C.*)

El que desempeña bien sus obligaciones, se prepara cada dia á la muerte y puede verla sin terror.

La hora llega, y el tiempo ha cesado para el justo que va á pedir á Dios su galardón. Es un hijo que estaba viajando y que regresa al lado de su padre. (*Curso de moral.*)

Nada turba sus últimos momentos; es como la tarde de un hermoso dia. (*LA FONTAINE.*)

El homicidio de sí mismo, que se llama suicidio, es un crimen tanto mayor, cuanto implica la impenitencia final. (*Teología cristiana.*)

Un soldado no puede, sin cubrirse de vergüenza y sin cometer un crimen, abandonar el puesto donde le han colocado sus jefes. ¿Crées tú, por ventura, que tienes derecho para abandonar, sin orden de Dios, el puesto de la vida que Dios te ha confiado? (*Moralistas antiguos.*)

Cuadro de la muerte del justo.

Venid á ver el espectáculo mas hermoso que pueda presentar la tierra; venid á ver morir al fiel. Un sacerdote le consuela, sentado á la cabecera de su cama; este santo varon habla con el moribundo sobre la inmortalidad del alma, y la escena sublime que toda la antigüedad no presencié mas que una sola vez, en el primero de sus filósofos moribundos¹, se renueva ahora cada dia en el humilde lecho del último de los cristianos que expira.

Llega el momento supremo. Un sacramento ha abierto

1. Alusion á la muerte de Sócrates, célebre filósofo ateniense.